

LLANOS INDOMABLES: UNA MIRADA A LA HISTORIA Y MEMORIA DEL CASANARE

Facultad de Ciencias de la
Educación

Cesar Augusto Forero Herrera
Nataly Acero Soto
Dickson Flórez López
Claudia Leal Quintero
Sharik Ruiz García
Samantha Sayo
Duván Triviño Cifuentes
María Tereza Rojas

N.º EDCI3/2025



UNIVERSIDAD
La Gran Colombia



Resumen

Este documento invita a descubrir la historia oculta del Casanare, un territorio clave en la gesta libertadora de Colombia. A través de un recorrido por Santiago de las Atalayas y Pore, revela cómo estas ciudades fueron epicentro de conquistas, conflictos, rebeliones comuneras y luchas por la independencia. Se exponen las tensiones entre encomenderos, indígenas y misioneros, las dinámicas económicas del algodón y el ganado, y el protagonismo llanero en la Ruta Libertadora. Más que un relato regional, es un llamado a valorar la memoria histórica de un pueblo que, pese al olvido, forjó con sangre y coraje parte de nuestra libertad.

Palabras clave:

desarrollo económico, fundación, Pore, Santiago de las Atalayas.

Abstract

This document invites you to discover the hidden history of Casanare, a key territory in the liberation feat of Colombia. Through a tour of Santiago de las Atalayas and Pore, it reveals how these cities were the epicenter of conquests, conflicts, communal rebellions and struggles for independence. The tensions between encomenderos, indigenous people and missionaries, the economic dynamics of cotton and livestock, and the role of the plains people in the Ruta Libertadora are exposed. More than a regional story, it is a call to value the historical memory of a people who, despite oblivion, forged part of our freedom with blood and courage.

Keywords:

economic development, foundation, Pore, Santiago de las Atalayas.

Cómo citar / How to cite?:

Forero Herrera, C., Acero Soto, N., Flórez López, D., Leal Quintero, C., Ruiz García, S., Sayo, S., Triviño Cifuentes, D. y Rojas, M. T. (2025). Llanos indomables: una mirada a la historia y memoria del Casanare [documento de trabajo n.º EDCI3].
Universidad La Gran Colombia.
<https://hdl.handle.net/11396/8866>

El Casanare ha sido relevante en la gesta libertadora y un ejemplo del desafío al dominio español; sin embargo, ha permanecido históricamente relegado, a pesar de su destacada influencia en la Nueva Granada y su activa participación en las tropas patriotas. Su trayectoria no ha sido suficientemente reconocida como para otorgarle un lugar destacado en la historia nacional, siendo incluso, en muchos casos, simplemente ignorada.

Al analizar la historia de Colombia, Casanare debería considerarse como uno de los puntos de partida de la rebelión que condujo a la victoria de Simón Bolívar y de otros criollos que buscaban liberarse del yugo español. No obstante, su importancia ha sido escasamente reconocida, después de haber sido utilizado y posteriormente relegado al olvido. Casanare fue uno de los escenarios de misiones evangelizadoras orientadas a la llamada "civilización" de las poblaciones indígenas. En este documento, se centrará la atención en dos ciudades fundamentales para entender la historia nacional entre los siglos XVIII y XIX: Santiago de las Atalayas y Pore, con el propósito de resaltar el protagonismo que los llanos orientales desempeñaron en la articulación territorial y en los procesos de independencia.

1. Santiago de las Atalayas

El origen de Santiago de las Atalayas (Cuellar, 2008) se encuentra en la estrecha relación entre encomenderos y tratantes de indios, organizados en clanes familiares que, mediante la herencia del poder, ejercieron control como poseedores de indios, terratenientes, cabildantes y ocupantes de cargos de gobierno. Tres clanes de la ciudad de Tunja parecen haber constituido la matriz fundacional de esta ciudad y garantizado su continuidad histórica: los Daza, los Alarcón y los Suárez de Vargas, todos vinculados a encomiendas del corregimiento de Sogamoso.

La ciudad fue fundada en 1588 por Pedro Daza, segundo hijo y nieto de conquistadores españoles —Pedro Daza de Madrid y Juan de Madrid (este último arribó con Gonzalo Jiménez de Quesada)—, quien heredó encomiendas cerca de Tunja en 1550. Desde esas tierras lideró la expedición que dio origen a Santiago de las Atalayas; sus descendientes continuaron ampliando estas encomiendas hacia territorios como Chámeza y Cusiana. En 1684, otro miembro del clan Daza gobernaba la ciudad. Allí comenzaron formalmente las campañas de conquista de indígenas en el río Meta, actividad que ocuparía a los santiagueños durante todo el siglo XVII (Castro, 2007, p. 313). El nomadismo y la actitud beligerante de algunos grupos indígenas fueron esgrimidos como argumentos "legales" para justificar su esclavización, facilitada además por el aislamiento geográfico de la ciudad y el escaso control de la Corona.

De forma igualmente violenta, se desarrolló un sistema de compra o trueque de indígenas mediante el llamado "rescate", que aprovechaba la existencia de esclavitud entre tribus del Orinoco. Estas intercambiaban prisioneros por bienes europeos. Así, los Achaguas

capturaban esclavos de pueblos enemigos como los Quirruvas, Mujirris, Abanis y Pizarvas; los europeos adquirirían estos indígenas a cambio de herramientas.

Según Roldán Castro (2007), estas familias lograron mantener el control de Santiago a partir de sus encomiendas en Sogamoso, cuyas parcialidades indígenas habían sostenido tradicionalmente los intercambios económicos entre las tierras altas, el piedemonte y los llanos. En este sentido, la encomienda prolongó las prácticas prehispánicas del comercio del algodón, que pasó de manos del cacique Tundama a las familias encomenderas de Tunja. Los indígenas desempeñaron así un papel fundamental como verdaderos fundadores y colonizadores del llano. Se encargaron de mantener los circuitos económicos, construir ciudades y caminos, así como recolectar, procesar e hilar el algodón para transportarlo a las tierras altas. Esto explica que, hasta mediados del siglo XVII, la población indígena permaneciera concentrada en el piedemonte, especialmente en los pueblos de Chámeza, Cusiana y Labranzagrande, donde se cultivaba el algodón (p. 308).

El antecedente inmediato de Santiago de las Atalayas fue Medina de las Torres, fundada hacia 1585 con el propósito de explotar minas de aluvión. Pedro Daza emprendió el asentamiento motivado por su cuñado Bartolomé Alarcón de Ocón, conquistador de la provincia de Barinas (Castro, 2007, p. 308). Sin embargo, en 1591, los indígenas incendiaron el poblado y mataron a Daza como represalia por el maltrato a un líder indígena.

A finales del siglo XVI, desde Tunja se intentó una segunda fundación; se encargó a Alonso Carrillo la represión de los indígenas y la reconstrucción del poblado. Paralelamente, Diego Suárez Montañés fue comisionado para abrir un camino hacia los llanos, aunque falleció durante el proceso. Tras la muerte de Pedro Daza, su hijo, Pedro Daza Mejía, heredó la alcaldía mayor y las encomiendas, continuando los abusos, como evidencian las acusaciones de 1601. Aún se desempeñaba como alcalde en 1625 (Castro, 2007, p. 310).

Durante la década de 1630, Santiago experimentó cambios administrativos, como la separación de su territorio y el nombramiento de un corregidor en 1637. Aunque esto reorganizó parcialmente el poder entre encomenderos antiguos y nuevos hacendados, hacia 1635 la alcaldía mayor fue transformada en gobernación bajo Adrián Suárez de Vargas. Para 1640, el deterioro de la ciudad obligó a su refundación. Castro (2007) resume los factores de esta dinámica:

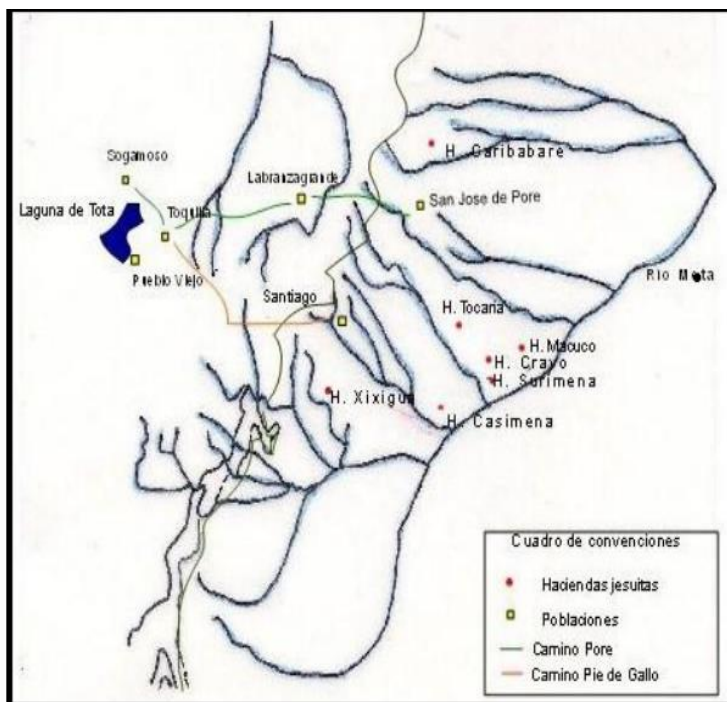
- La ciudad fue reedificada por cuarta vez, posiblemente a raíz de epidemias y el desplazamiento de vecinos hacia estancias y obrajes.
- Entre 1630 y 1650, los santiagueños fundaron San Martín del Puerto, Sofraga y Cravo, como enclaves estratégicos para la captura de indígenas ante la crisis minera.
- San Martín del Puerto, fundado por Juan de Zárate, sirvió como base para las incursiones hacia el Guaviare.

- Sofraga, fundado por un sacerdote, estableció un fuerte para invasiones en Casanare y Meta.
- Cravo, fundado en 1649 por Adrián Suárez de Vargas, se consolidó como centro ganadero.
- Una expedición fallida a Arauca en 1645 demostró las dificultades de expansión.
- En 1650 se capturaron más de 100 indígenas Giraras en Tame, trasladados como esclavos a Santafé.
- En el siglo XVIII, los jesuitas tomaron el control de Cravo y Tocaría, instaurando un nuevo núcleo misional.

Acosta y Yirla (2019) sostienen que, desde sus inicios, Santiago de las Atalayas fue una población en crecimiento que se benefició de las actividades agrícolas y ganaderas: en el siglo XVII producía miles de varas de algodón y, del mismo modo, contaba con grandes cantidades de animales domesticados. Durante este siglo se le consideró el principal centro económico y motor de la colonización laica del llano, lo que le permitió, en el siglo XVIII, convertirse en la capital de la Provincia de Atalaya o los Llanos, correspondientes hoy a los actuales departamentos de Casanare y Arauca. No obstante, Cuellar señala que el asentamiento fue perdiendo interés para los colonos, quienes buscaban un punto más estratégico mientras perseguían la leyenda de El Dorado (en esa búsqueda llegaron a Pore); al no encontrar lo esperado, desistieron y abandonaron el lugar, aunque enfatizaron la necesidad de evangelizar a los indígenas considerados salvajes.

La ciudad obtuvo relevancia también por su producción textil y su acceso a canales fluviales que facilitaban el transporte de mercancías al centro del virreinato. Según Cuéllar (2008), "A principios de siglo XVII contaba con cierta importancia económica dentro del virreinato y para 1625 los jesuitas tenían a su cargo la actividad misionera de buena parte de la provincia", junto a Pore y Cravo.

Figura 1. Red urbana del piedemonte casanareño.



Fuente: adaptado de Duarte Quiroga (2002).

Cuellar (2008) señala que en esta ciudad radicaba una importancia fundamental en las relaciones económicas y sociales que mantenía con otras ciudades, especialmente aquellas ubicadas en el altiplano andino, gracias al camino de Pie de Gallo. Desde sus inicios, Santiago de las Atalayas abastecía tanto a la Nueva Granada como a Venezuela; sin embargo, en el siglo XVII fue desplazada por la ciudad de Pore, que, además de transportar grandes cantidades de ganado —y, por tanto, carne—, construyó su propio camino hacia Sogamoso, por una ruta alterna y más rápida que atravesaba Labranzagrande, conocida por ese mismo nombre. La autora incluso señala que este nuevo trayecto se convirtió en el camino real, quedando el de Santiago como el antiguo, es decir, en desuso. Para ilustrar este fenómeno, la autora presenta un mapa que muestra la estructura de los caminos entre 1767 y 1778 (figura 1).

Cuellar menciona que el origen del camino Pie de Gallo, también conocido como Monte de Gallo o Pico de Gallo, se remonta al siglo XVII, cuando las relaciones comerciales con otras ciudades resultaban indispensables. Además, el piedemonte facilitaba el acceso hacia la zona central, lo que contribuyó a que este camino fuera reconocido, hacia finales de ese siglo, como la principal vía hacia Tunja. La autora describe su ubicación geográfica desde la perspectiva actual, señalando lo siguiente:

La peña de Gallo es una montaña escarpada, en donde el camino es muy angosto debido a que el espacio entre una y otra montaña es muy estrecho. En esta zona, debido a las condiciones del terreno, la actual carretera parece corresponder con el del camino de Pie de Gallo de la segunda mitad del siglo XVIII. (Cuellar, 2008)

Por lo anterior, durante el siglo XVIII continuaba existiendo comunicación directa con las ciudades de Tunja, Sogamoso y Santa Fe; sin embargo, el comercio se restringía principalmente al ámbito interprovincial o con pocas ciudades adicionales, debido a la escasa atención que prestaron tanto la gobernación como el virreinato. Esto, a pesar de que declaraban la importancia de establecer comunicaciones con aquellos lugares de interés, especialmente en torno a la organización de las misiones jesuitas.

2. Pore

Simultáneamente, surgía el municipio de Pore. Este se localiza al norte del departamento, en la cordillera Oriental, entre la vertiente del río Meta y la cuenca del río Pauto. Es una zona cálida semihúmeda, con una topografía moderadamente escarpada en los sectores de mayor pendiente y ligeramente plana en las zonas bajas. Fue fundado por Adrián Vargas y Francisco Enciso el 5 de noviembre de 1644.

En ese mismo siglo, los jesuitas lograron organizar sólidas haciendas dedicadas a la producción ganadera, que no solo impulsaron un notable desarrollo económico en la región, sino que también cumplían su objetivo misional de evangelización de los indígenas. Estas haciendas permitieron establecer un equilibrio comercial con otras ciudades, facilitando el tráfico de mercancías (Municipio de Pore, 2000-2009).

Es importante señalar que, a la llegada de los españoles, el actual territorio casanareño estaba habitado por varios grupos indígenas. Destaca, en primer lugar, la familia lingüística Guahibo, subdividida en Sikuanos o Guahibos, Hitnus o Macaguanes, Yaruros o Pumés, Wamones o Cuivas, y Mituas o Guayaberos, asentados principalmente en la cuenca del río Orinoco, abarcando los departamentos de Arauca, Casanare, Meta y Vichada. La otra familia lingüística relevante era la Macrochibcha, compuesta por Tunebos, Betoyes, Morcotes, Tamaras, Laches, Guaceos, Achaguas, Sálivas, U'was y Chitas, concentrados en las fronteras de la Cordillera Oriental, en los departamentos de Arauca, Casanare y Meta.

Antes de 1659, varias ciudades de la antigua provincia del Casanare fueron organizadas estratégicamente para que los jesuitas realizaran su labor evangelizadora y civilizadora de la población indígena. Sin embargo, diversas rebeliones nativas provocaron el colapso de estos asentamientos, dando paso a la fundación de nuevas ciudades como Chire y Pore, esenciales para proveer soldados que resguardaran a los jesuitas durante sus misiones o, como lo expresa el padre Juan Rivero de la Compañía de Jesús (1736), “cuando se dispone entrada de los gentiles” al territorio.

El mismo autor narra un episodio de violencia ocurrido tiempo después, cuando los indígenas Chiricoas ingresaron a las ciudades de Chire y Pore, saqueando las iglesias y robando ornamentos sagrados. La reacción de los residentes fue lenta, debido a la dispersión de la población y las dificultades de distancia; no obstante, los blancos y vecinos de la ciudad lograron recuperar los objetos robados tras enfrentarse a los agresores.

Mientras tanto, Santiago fue quedando marginado a medida que perdía su relevancia en la región. Su situación se agravó con los hechos documentados por Acosta y Yirla (2019), en su artículo Santiago de las Atalayas, “sepultura de forasteros”. Pleito entre sus vecinos por el traslado de la ciudad, 1780-1799, donde analizan el proceso de declive a partir de su traslado, destacando los siguientes aspectos:

- Para 1789 ya existían iglesias en cumplimiento de la misión evangelizadora, entre ellas las parroquias de Zapatoza, San Pedro y Taguana.
- En 1777 se produjo un incendio que causó varios daños en la ciudad. De inmediato, el gobernador Villavicencio atribuyó el siniestro a los incendios comunes en la época de verano, pues ya se habían registrado otros similares. Sin embargo, en 1790 se empezó a especular que el incendio había sido provocado por indígenas no evangelizados que transitaban por los alrededores y saboteaban la civilidad de la ciudad. Tras este episodio, muchos habitantes de Santiago se trasladaron a Barro Blanco, dando inicio al conflicto que desembocaría en el traslado definitivo de la ciudad.
- En 1795 surgió un nuevo conflicto relacionado con la adjudicación de las misiones cercanas. El cura, junto con la oposición conformada por vecinos y otros actores, expuso la necesidad de trasladar la ciudad, llevándose consigo las misiones aledañas. En 1780 se había emitido una resolución que resumía la situación y facilitaba el traslado al sitio ocupado por Barro Blanco, próximo al río Chitamena, con el objetivo de solucionar el problema.

Aunque desde años anteriores se había registrado que muchos habitantes enfermaban de manera recurrente, no se le prestó atención hasta después del incendio. Este hecho alimentó la idea que llevó a que la ciudad fuera comúnmente conocida como “sepultura de forasteros”.

Tras la disputa, surgieron nuevos conflictos relacionados con la salud de los habitantes, la escasa cooperación de los vecinos y la “incompetencia” del procurador, quien atribuía las enfermedades y muertes a factores climáticos de la región. Como resultado, “el panorama planteado fue el peor de los escenarios, el abandono definitivo de la ciudad y el fracaso del proyecto de conquista, poblamiento y república” (Acosta y Yirla, 2019). De hecho, el gobernador Villavicencio, en 1789, reportó que la población y las actividades económicas en relación con el espacio ocupado eran considerablemente menores en comparación con años anteriores, lo cual reflejaba el progresivo abandono de la ciudad.

Con estas acciones se desatendió el propósito inicial de la ciudad, concebida para proteger la provincia de posibles enemigos, especialmente indígenas considerados salvajes. Del mismo modo, se segregó a los habitantes que disintían del manejo administrativo y religioso, así como a los enfermos afectados por estas decisiones.

A inicios de 1799, las autoridades administrativas reconocieron su error y, durante el transcurso del año, se llevó a cabo una audiencia para resolver el problema del traslado. Como resultado, en diciembre de ese mismo año, se emitió una sentencia que ordenaba la reubicación de la ciudad de Santiago de las Atalayas en su asentamiento original, por considerarse más conveniente tanto en términos económicos como religiosos, además de ofrecer un mejor acceso al camino que la comunicaba con ciudades como Tunja, Socorro y San Juan.

Aunque el incendio y el traslado de la ciudad no estuvieron directamente relacionados con sus conexiones comerciales, sí afectaron la percepción de la población, impulsándola a buscar la restauración de la antigua ubicación como una forma de recuperar el escaso reconocimiento que aún conservaban. Asimismo, es importante señalar que, dentro de la provincia, para facilitar el movimiento de productos y ganado, se desarrollaron diversos circuitos de transporte, tanto fluviales como terrestres. Entre estos se encontraban los caminos de Cáqueza, Chita, Labranzagrande, Paya y el Pie de Gallo, todos destacados por su conexión con ciudades y pueblos del piedemonte llanero. Las características geográficas de la región permitían o, en algunos casos, limitaban el transporte de mercancías.

Con el tiempo, al quedar en desuso el camino de Pie de Gallo, se mantuvo su funcionamiento únicamente para el transporte de mercancías menores y personas, lo que llevó a su progresivo estancamiento.

Esta dinámica se prolongó hasta finales del siglo XVIII, pero experimentó un mayor deterioro debido al escaso mantenimiento del camino, lo que permitió que la zona se llenara de vegetación. Ante el riesgo de derrumbes en la montaña, los transeúntes y comerciantes optaron por utilizar rutas alternas (Cuellar, 2008).

En este contexto, en Pore se desarrolló el movimiento comunero. La insurrección comunera de 1781, uno de los movimientos populares más importantes del periodo colonial en la Nueva Granada, no solo tuvo lugar en el centro del virreinato, sino que también se extendió hacia regiones periféricas como los Llanos del Casanare. Aunque esta fase regional ha sido poco estudiada, el levantamiento en Pore constituyó una expresión significativa del rechazo criollo e indígena al orden colonial, particularmente frente a los abusos fiscales y eclesiásticos.

El 19 de mayo de 1781, los criollos de Pore, junto a pobladores de Santiago de las Atalayas y Santa Rosa de Chire, se sublevaron, abolieron los tributos indígenas, el impuesto de alcabala y depusieron a las autoridades locales. En Pore, de acuerdo con Rausch (1996, p.

6): “depusieron al cabildo y a los administradores de impuestos, forzando al alcabalero a devolver el dinero que había recaudado recientemente”. Esta acción fue parte de un proceso más amplio en el que los comuneros del Casanare adoptaron una actitud de autogobierno radical frente al dominio español.

El liderazgo de la revuelta en Pore fue asumido por Francisco Javier de Mendoza, un criollo oriundo de Miraflores, propietario de una parcela de ganado en la región. Mendoza se proclamó Capitán General y Gobernador de la provincia, y recibió una comisión del Consejo Supremo de Guerra del Socorro como capitán del ejército común. Para movilizar a los indígenas, se identificó como “apoderado del inca”. Además, como menciona Rausch (1996) en *Los comuneros olvidados*, les hizo jurar lealtad a “Túpac Amaru, sin saber que este había sido ejecutado en Cuzco el 15 de mayo” (pp. 6–7). Esta identificación con la figura de un líder indígena rebelde otorgaba legitimidad simbólica a su causa.

Adicionalmente, una vez incorporados al levantamiento los indígenas de pueblos como Pore, Támara, Ten, Manare y Morcote, se designaron capitanes y otros líderes comunales, incluyendo a mujeres en los lugares donde los hombres se encontraban ausentes por estar dedicados a labores de ganadería.

La insurrección tomó un giro aún más radical cuando comenzó a circular una carta del llamado “común del Cocuy”, fechada el 23 de mayo, en la que se afirmaba falsamente que Túpac Amaru había sido coronado rey y que eliminaría todos los impuestos. La carta advertía: “si el gobernador intenta imponer los impuestos, no lo dejen hacerlo, vamos a Santa Fe de Bogotá para hacerle guerra a los santafereños” (Rausch, 1996, p. 7). Este documento, probablemente escrito por los propios rebeldes en Pore, fue determinante para avivar el ánimo de lucha entre los indígenas.

Por otro lado, el alzamiento comunero en Casanare tuvo un marcado componente anticlerical. Los indígenas comenzaron a rechazar abiertamente las obligaciones religiosas impuestas: se negaban a asistir a misa y a las clases de catecismo; en Manare insultaron al cura; en Ten lo mantuvieron preso durante una semana; y en otros pueblos prohibieron la realización de ritos religiosos, provocando incluso muertes sin recibir los sacramentos.

Además, las causas profundas de la rebelión en Casanare pueden rastrearse en las condiciones de explotación a las que estaban sometidos los indígenas, particularmente en la industria del algodón. Los pueblos que participaron activamente en las revueltas – Támara, Morcote, Ten, Manare, Pisba, entre otros– constituían los principales centros de producción textil de algodón. Allí, los indígenas tejían las telas que empleaban para cumplir con sus obligaciones tributarias y religiosas.

El gobernador José Caicedo y Flores agravó aún más la situación al obligar a los tejedores a trasladar sus productos a Morcote, donde, además, se les pagaba de forma tardía e insuficiente. Como declararon los habitantes de Támara: “el gobernador les había usurpado mulas de manera injusta y, cuando las mulas morían por picaduras de serpiente, les atribuía

la responsabilidad a los tejedores. Por estas razones, decían los habitantes de Támara, lucharon antes que devolver a Caicedo los bienes usurpados, que tenían la intención de dividir entre sus acreedores” (Rausch, 1996, p. 18).

Ante la negativa de Mendoza a cesar en su rebelión, las autoridades coloniales optaron por enviar una expedición armada privada, liderada por José Antonio Villalonga y financiada por el marqués de San Jorge. Esta fuerza cruzó la cordillera por el páramo de Pisba y consiguió sofocar la rebelión. A finales de septiembre, la resistencia había sido derrotada.

Tras la revuelta comunera, comenzó una nueva etapa de crecimiento impulsada por la influencia regional de Pore y sus conexiones sociales y económicas. Rivero (1883) relata que, en 1785, se promovió la integración de las poblaciones de Cuito y Pore, aprovechando sus “buenas disposiciones para recibir la religión y entrar en parte de la sociedad civilizada”. Los indígenas de los llanos del Casanare expresaron su voluntad de recibir la gracia de la Iglesia y, por tanto, solicitaron la presencia de una edificación religiosa y el acompañamiento de un sacerdote. Los guavijos pidieron entonces la fundación de un nuevo pueblo bajo estas características, tarea que fue encomendada a don Gregorio Lemus, quien formalizó el establecimiento entre el 2 y el 23 de mayo de ese mismo año. Los objetivos de esta misión no eran únicamente religiosos, sino también comerciales, pues los guavijos mantenían intercambios de mercancías con distintas ciudades del llano.

Esta historia es complementada por Rivera y Oropeza (2015), quienes realizaron una investigación-acción en la que recopilaron información de gran valor cultural e histórico sobre las construcciones en Pore. El estudio incluyó una revisión bibliográfica y entrevistas a 20 habitantes del municipio, con edades entre 35 y 80 años, cuyos testimonios se integraron como narrativas significativas en la construcción de memoria e historia local.

De dicha investigación se desprende que, hacia 1805, se edificaron las principales construcciones que consolidaron el asentamiento y la dominación española en el territorio. Entre ellas se encuentran: la cárcel pública, donde se encerraba y torturaba a los rebeldes contra las políticas españolas (incluyendo llaneros y descendientes indígenas); el cabildo, sede de quienes vigilaban a los reclusos; el túnel que conectaba la cárcel con el río y con la iglesia principal, utilizado tanto para el traslado de materiales de construcción como para la disposición de los cuerpos de los prisioneros; la plaza pública, concebida como lugar de reunión del pueblo, pero también escenario de castigos ejemplares, como degollamientos, desmembramientos o fusilamientos para quienes desafiaban el poder colonial; y, finalmente, el templo o iglesia principal, destinado a continuar la práctica del catolicismo. Entre 1804 y 1818, Pore estuvo sumido en un ambiente de violencia y represión. La estructura urbana de esta ciudad llanera quedó marcada por la presencia de estos edificios gubernamentales, concebidos para el control social y el mantenimiento del orden establecido.

Groot (1869) explica que, en ese período, se realizaban ejecuciones aleatorias tanto de quienes apoyaban la revolución como de quienes respaldaban el régimen español,

desatándose una ola de sangre en todo el territorio de la Nueva Granada. Entre las ciudades donde se perpetraron estos actos violentos se encuentra también Pore, donde fueron asesinados don Frutos Joaquín Gutiérrez y el coronel Juan Salinas y Báez (este último ayudante de Bolívar), capturados en los llanos del Casanare. En 1818, José María Rosillo y Carlos Salgar fueron degollados en la plaza pública, y sus cabezas enviadas a Bogotá como símbolo de victoria española. Este acto fue posteriormente reprimido por las tropas de Francisco de Paula Santander, quien, acompañado de Presentación Buenahora, emprendió una ofensiva hacia los llanos, expulsando a los españoles y jesuitas de Pore, Trinidad, San Luis de Palenque y Paz de Ariporo, forzándolos a migrar hacia Sogamoso y Tunja, ciudades que se preparaban para la llegada de las tropas de Bolívar. Como consecuencia de estos acontecimientos, la construcción del templo quedó inconclusa (Rivera y Oropeza, 2015).

Entre 1817 y 1818, cuando los realistas intentaron retomar los llanos, ya se venía conformando un ejército integrado por los llaneros de la región, comandados por Juan Nepomuceno Moreno y Juan Galea, quienes, aunque no compartían plenamente los mismos intereses, lograron unificar sus tropas gracias a la presencia de Santander. Esta unión permitió lanzar una ofensiva contra las tropas de José María Barreiro en Pore, quien avanzaba desde el centro del territorio bajo las órdenes de Pablo Morillo. Sin embargo, el ejército realista enfrentó serias dificultades que retrasaron o disminuyeron su capacidad militar: enfermedades, sabotajes de espías patriotas infiltrados, e incluso rumores de que muchos soldados participaban en la expedición solo para huir de la represión en el centro o abandonar el servicio cuando tuvieran oportunidad. A pesar de estos contratiempos, los realistas intentaron presentar públicamente sus avances como un triunfo en los llanos (Groot, 1869).

Ese mismo año, las tropas patriotas se reorganizaron en la ciudad de Pore para emprender la ruta libertadora, dejando constancia el 7 de agosto de 1819 de la proclamación de la primera provincia libre y capital de la Nueva Granada (Rivera y Oropeza, 2015). Allí se produjo el encuentro entre las tropas de Bolívar y Santander, quienes marcharon hacia el Puente de Boyacá, logrando la victoria en la batalla decisiva por la independencia. Según relata el autor, el odio de los llaneros hacia los españoles era tan profundo, debido a las crueldades presenciadas en Pore, Casanare, Chire y otros lugares, que:

Llegaron los llaneros a concebir tal odio a los españoles por las crueldades que los habían visto cometer en Pore, Casanare, Chire y otros lugares, que aun las mujeres los mataban donde se les proporcionaba la ocasión, aunque fuera con riesgo de su misma vida. (Groot, 1869, pp. 472)

A pesar de la importancia de Pore en el proceso de independencia de Colombia, no logró consolidarse como capital política o administrativa del Casanare. Aunque desempeñó un papel estratégico como centro de aprovisionamiento de las tropas patriotas —junto a otros poblados como La Fragua, Chire y Trinidad—, este protagonismo no se tradujo en una permanencia política en la organización del nuevo Estado.

Uno de los factores que explica esta situación es el desplazamiento del eje político y económico hacia el poblado de Moreno (actual Paz de Ariporo), que se consolidó como capital de la Provincia Autónoma Independiente de Casanare en dos períodos: entre 1853 y 1856, y entre 1870 y 1885. Moreno eclipsó así a Pore, convirtiéndose en la capital y localidad más próspera de Casanare (Inventario de Patrimonio Cultural en el Departamento de Casanare, 2014, p. 12). Este desplazamiento marginó por completo el protagonismo histórico de Pore.

Tras la independencia, la reorganización territorial no siempre favoreció a los antiguos centros de la gesta emancipadora. La elección de las capitales provinciales obedeció a criterios de conectividad, centralidad económica y disponibilidad de estructuras estatales o religiosas, en los cuales Moreno presentaba mayores ventajas. Por su parte, Pore no logró modernizar su infraestructura ni conservar su peso político regional, lo que facilitó su pérdida de importancia como centro administrativo y su posterior olvido como símbolo de la revolución.

3. Conclusiones

En síntesis, aunque Pore representa un enclave de profundo valor simbólico e histórico por su participación en el proceso de independencia, su rol fue finalmente desplazado por el crecimiento económico, demográfico y estratégico de Moreno. Este tránsito refleja las dinámicas propias de un Estado en consolidación, donde muchos de los antiguos centros coloniales no lograron mantener su centralidad dentro de la nueva organización republicana. Como lo señalan Rivera y Oropeza, a través de la Ley 936 de 2004 se declaró patrimonio histórico y cultural de la Nación al municipio de Pore, Casanare; sin embargo, aún persisten importantes vacíos en los esfuerzos institucionales por visibilizar su relevancia, ofrecer información accesible y fomentar el reconocimiento de su papel en la historia nacional, lo que limita tanto su aprovechamiento turístico como la construcción de una memoria histórica amplia e incluyente.

De igual forma, tanto Santiago de las Atalayas como Pore constituyen escenarios fundamentales de cultura e historia, cuyas memorias han sido preservadas parcialmente a través de los relatos de sus habitantes y de investigaciones recientes. No obstante, a nivel nacional, estos saberes permanecen en gran medida invisibilizados, producto del desconocimiento general sobre la historia regional y el papel estratégico que estas ciudades desempeñaron durante la Colonia y la independencia.

Este documento ha buscado precisamente recuperar esa mirada crítica hacia el pasado, permitiendo evaluar las narrativas construidas alrededor de la gesta libertadora en los llanos orientales y, al mismo tiempo, destacar el protagonismo de estas ciudades como espacios pioneros en el proceso revolucionario y en la resistencia de un pueblo oprimido.

En ellas no solo se enfrentó el dominio del virreinato español, sino que también se vivieron los procesos de sometimiento, despojo y explotación de las comunidades indígenas desde los primeros años de la conquista.

A su vez, resulta fundamental reconocer la relevancia geográfica y económica que tuvieron estos territorios, articulando circuitos comerciales y redes sociales que, si bien fueron determinantes en distintos momentos históricos, terminaron por ser relegados y, en gran medida, olvidados. Recuperar su memoria es también una forma de comprender las complejidades del proyecto republicano y de las múltiples historias que forjaron la nación.

Referencias

- Acosta, F. y Yirla, M. (2019). Santiago de las Atalayas, “sepultura de forasteros”. Pleito entre sus vecinos por el traslado de la ciudad, 1780-1799. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, (13), 108-130.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=455658392005>
- Castro Roldán, A. (2007). Santiago de las Atalayas: una ciudad de la frontera en el Nuevo Reino de Granada (XVI-XVIII). *Fronteras de la Historia*, 12, 301-339.
<https://doi.org/10.22380/20274688.477>
- Cuellar Sánchez, M. (2008). *El camino del pie de Gallo: de Santiago de las atalayas a Sogamoso a finales del siglo XVIII* [trabajo de grado, Universidad de los Andes].
<https://repositorio.uniandes.edu.co/server/api/core/bitstreams/0e1bf99f-e8fc-4ed9-ab10-2837e0a77dad/content>
- Duarte Quiroga, E. (2002). *Origen y evolución de la red urbana del piedemonte Casanareño 1534-1949* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Groot, J. M. (1869). *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada (tomo II)*. Imprenta I Estereotipia de Medardo Rivas.
https://www.google.com.co/books/edition/Historia_eclesi%C3%A1stica_y_civil_de_Nueva/3JkCAAAAYAAJ?hl=es&gbpv=1&dq=historia+de+pore+casanare&pg=PA472&printsec=frontcover
- Municipio de Pore. (2000). *Esquema de Ordenamiento Territorial. Municipio de Pore, 2000-2009*.
<https://repositoriocdim.esap.edu.co/bitstream/handle/20.500.14471/11056/6050-6.pdf?sequence=6&isAllowed=y>
- Rausch, J. M. (1996). Los comuneros olvidados: a insurrección de 1781 en los llanos del Casanare. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 33(41), 4-29.

https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1815

Rivera Salcedo, H. y Oropeza Cuevas, J. E. (2015). *Pore: destino turístico y patrimonio cultural de la nación*. Grupo de investigación Diversos: Fundación Universitaria Internacional del Trópico Americano "Unitrópico". Repositorio Institucional UPTC. <https://repositorio.uptc.edu.co/server/api/core/bitstreams/a885327f-3152-43e0-8757-5c56a4af762a/content>

Rivero, J. (1883). *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Imprenta Silvestre y Compañía. https://www.google.com.co/books/edition/Historia_de_las_misiones_de_los_llanos_d/UDg9AAAAIAAJ?hl=es&gbpv=1&dq=historia+de+pore+casanare&pg=PA148&printsec=frontcover

Universidad Nacional de Colombia y Ministerio de Cultura. (2014). *Inventario del patrimonio cultural en el departamento de Casanare*. Ministerio de Cultura. <https://pdfcoffee.com/inventario-patrimonio-casanare-pdf-free.html>

Documentos de interés

Noticias Caracol. (2019, 23 de junio). *Ruta Libertadora* [página de Facebook]. Facebook. https://www.facebook.com/NoticiasCaracol/videos/ruta-libertadora/464227807686244/?locale=ms_MY

